

Manel Alías

HISTORIAS ALUCINANTES
DE RUSIA

Traducción de Albert Beteta Mas

arpa

SUMARIO

INTRODUCCIÓN	19
1. Tverskaya, 9	25
2. Catálogo humano	31
3. El disyóquey radioactivo	37
4. Las abuelas de Chernóbil	51
5. La Casa de los Compositores	59
6. Los vecinos Shostakóvich y Rostropóvich	64
7. El escenario del crimen	72
8. Un baño soviético	79
9. Nuestra <i>bábushka</i> Galina	86
10. De revolucionarias a princesas	94
11. La última aviadora	98
12. La Ciudad de las Estrellas	109
13. Patatas cósmicas	114
14. El último soviético y el primer héroe de Rusia	120
15. La estrella preferida de la primera cosmonauta	126
16. Padre sin nueve meses de aviso	129
17. Ruta 1. Nuestro todo	133

18. La espía del Teatro Bolshói	147
19. El horror de Auschwitz en la mirada	153
20. Ruta 2. Stanislavski: ¡No me lo creo!	156
21. Todo el mundo fuera de la ley	161
22. No es mi hijo	171
23. Ruta 3. Del Bolshói a la pirámide de Lenin	176
24. Manélchic	184
25. Lorca	189
26. Drama ruso	191
27. Paz en el mundo	196
28. El cielo más grande del mundo	200
29. Un ataúd preparado	205
30. La sopa del talabartero	210
31. Tres niñas de la guerra	215
32. Querido asesino	221
33. Fosas demasiado comunes	225
34. A la guerra sin hacer la mili	230
35. La mujer radar	236
36. Al frente, con tabaco y vodka	240
37. Sinfonía bélica	245
38. Maniobras militares con palangana	251
39. Más miedo que en la guerra	255
40. Luchar a ciegas	260
41. Jubilarse para seguir trabajando	268
42. El padre de la bomba atómica y otros vecinos de escalera	280
43. Muchos versos y alguna hostia	290
44. La oficina del terror	297
45. Pegados al hielo	306

46. Seis minutos de sol	313
47. Baños de hielo	321
48. La sirena del planeta Baikal	325
49. La vida a cincuenta bajo cero	334
50. Como los monstruos del permafrost despierten...	343
51. Ruedas cuadradas	350
52. La carretera de los huesos	353
53. Nieve amarilla	362
54. El pueblo más frío del mundo	369
55. ¿Quién quiere vivir en Oimiakón?	373
56. Rojos	378
57. Involución rusa	385
58. La alcaldesa	393
59. El arte de la protesta	404
60. Piquetes silenciosos	411
61. Rusia tatuada	421
62. Saber volver	426
Imágenes alucinantes	427

Para Gènia



Múrmansk

San Petersburgo

Povalíkhino

Saberta

Vorkuta

Koróliov

Ciudad de las estrellas

Chkátof

Moscu

Óbninsk

Rusínovo

Nizhni Nóvgorod

Yoshkar-Olá

Smelovka

Río Volga

Uliánovsk

Ufá

Volgogrado

Jarabalí

Grozni, Chechenia

Majaçkálá, Daguestán

Tomsk

Kémerovo

Abakán

Rusia





Ucrania

Poleskoye ● ● Pripiat
Ivánkiv ● Chernóbil
Kiev ●



● Járkiv

Poltava ●

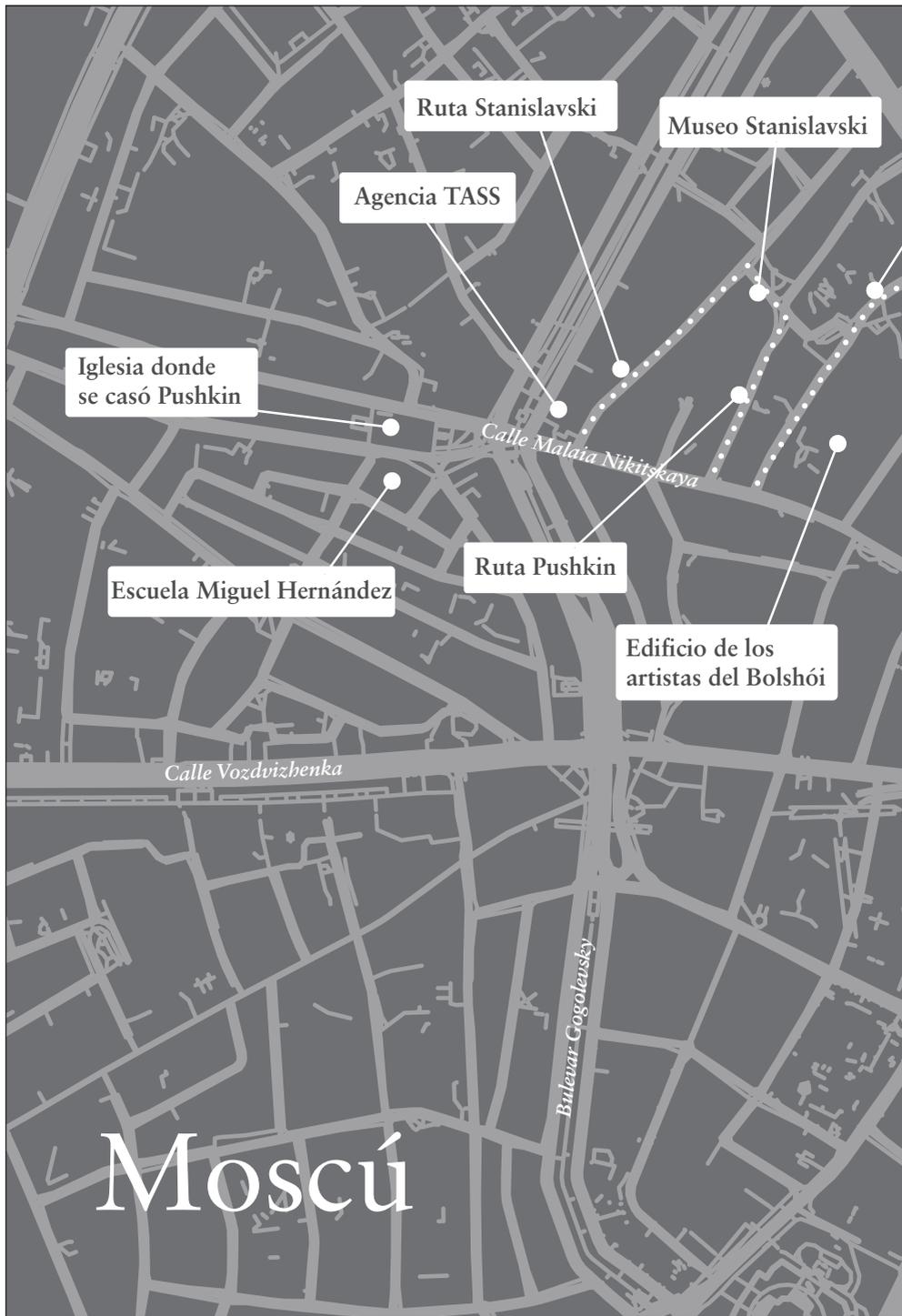
● Debáltsevo ● Vuhlehirsck

Lugansk ●

● Donetsk

*Península
de Crimea*





Ruta Stanislavski

Museo Stanislavski

Agencia TASS

Iglesia donde
se casó Pushkin

Calle Malaia Nikitskaya

Escuela Miguel Hernández

Ruta Pushkin

Edificio de los
artistas del Bolshói

Calle Vozdvizhenka

Bulvar Gogolevsky

Moscú

Ruta de la casa
de los artistas
del Bolshói

Casa de los artistas

Teatro Bolshói

Tverskaya, 9

Duma

Casa de los Compositores

Plaza Roja

Kremlin

Casa del Malecón (oficina)



INTRODUCCIÓN

«Vamos a mejor y a peor, simultáneamente».

DARIA SERENKO

Estaba decidido a no incluir ninguna cita inicial en el libro, por muy ingeniosa que me pudiera parecer. Me han buscado las cosquillas grandes literatos y he permanecido impasible con este espacio en blanco. Hasta que la activista feminista Daria Serenko, en un bar de Moscú, me describió así de bien la situación en la que se encuentra Rusia: «Vamos a mejor y a peor, simultáneamente». Y ahora me doy cuenta de que planteo una doble contradicción nada más comenzar: la primera, incorporando la cita que no buscaba; la segunda, haciendo mía la paradoja de esta sentencia de Daria. Sin embargo, en estas páginas quiero ser honesto conmigo y con Rusia. Y uno de los rasgos que mejor define este país son sus contradicciones.

La semilla de esta aventura personal y profesional la planté en 2013, cuando arraigó en mi cabeza la idea sólida de marcharme a vivir una temporada al extranjero. El plan inicial era pedir una excedencia y dejar de trabajar por un tiempo. Pero los ahorros no me daban para ir muy lejos ni para poder quedarme demasiado tiempo allí. Poco a poco, me fue sedu-

ciendo una opción que me permitiría motivarme más en el trabajo y a la vez saciar mis ansias de ver mundo. TV3 tenía la categoría más atractiva de nuestra profesión: la de corresponsal.

Después de analizar rápidamente los posibles destinos, me decidí por Londres. Cuando hubiera un relevo, solicitaría poder optar a la plaza. Pasaron los meses sin novedades del Reino Unido cuando, una mañana de octubre de 2014, en el portal interno de la Corporación Catalana de Medios Audiovisuales, publicaron este anuncio: «Convocado el proceso de movilidad geográfica para la corresponsalía conjunta de televisión y radio en Moscú». En Rusia no teníamos corresponsalía y por eso ni siquiera me había planteado la idea. Tardé un segundo en decidirme: «¡Uf, Rusia no!». Cerré la web y me olvidé del tema.

Al día siguiente, no obstante, por ciertos sueños oscuros que no recuerdo, me levanté con el deseo imperioso de irme a trabajar a Moscú. Presenté la candidatura sin calibrar con detenimiento qué suponía vivir en un país como Rusia. La idea se apoderó de mí más de lo que habría podido imaginar. Cuando corría, cuando escuchaba música, antes de acostarme, cada vez que mi mente bajaba la guardia se ponía a fabricar imágenes sobre una hipotética vida en la capital rusa. Estaba pasando justo lo que no quería: si no me seleccionaban —y todo hacía pensar que no lo harían—, tendría que hacer rehabilitación. Me llegó por un par de vías que era el segundo candidato. Así que, cuando me llamaron al despacho del jefe de informativos, ya estaba mentalizado para el chasco. Pero los rumores no eran ciertos y resulta que sería yo quien pasaría a ser un nuevo súbdito de Putin.

Una vez se hizo pública la noticia, como casi nadie sabía que me había presentado voluntariamente, recibí todo tipo de muestras de condolencia: «¿No puedes negarte?», «¿Por qué te quieren tan lejos? Suena a castigo, ¿no? ¿Cuánto tiempo mínimo tienes que pasar allí?», «¡No vayas! Con lo huraños que son los rusos... No te pega nada. Yo estuve allí unos días y te

arrepentirás. Si aún estás a tiempo, quítatelo de la cabeza...». Seguramente, si el destino hubiera sido Londres, Washington o París, me habrían felicitado y habría sido objetivo de varias indirectas para acoger invitados. Pero Rusia...

Mi euforia no se vino abajo frente a esos comentarios. No obstante, sí debo admitir que empecé a convivir con una serie de incógnitas. Si tuviéramos la opción de escoger la meteorología a la carta, yo programaría veintiocho grados y sol todo el año. ¿Hasta qué punto podía llegar a ser feliz bajo aquel clima? Nací en 1977 y, por lo tanto, he vivido siempre en democracia. ¿Estaba dispuesto a instalarme en un país que, de entrada, no parecía demasiado preocupado por los derechos humanos y las libertades? Al fin y al cabo, ¿en una dictadura?

La lista de dudas era larga. Visto en perspectiva, solo puedo decir que me quedé corto de interrogantes. Pero no sabría decir un lugar más interesante para un periodista extranjero. Moscú, además, ha sacudido mi vida. En ambas esferas, la personal y la profesional, he acumulado una serie de vivencias que me parecen increíbles. Quizá por ello, para terminar de creérmelas, he decidido ponerlas por escrito.

Cualquier intento de explicar qué es Rusia puede conducir a un fracaso anunciado. Sí, hay gente que hará afirmaciones contundentes después de haber pasado allí un fin de semana. Pero a mí me parece un país demasiado complicado como para atreverme a analizarlo a la ligera. Rusia es tan interesante e inabarcable como el idioma ruso. «Yo tampoco lo hablo del todo bien», me responden muchos rusos cuando les advierto de que mi conocimiento de su lengua es limitado. Sin embargo, me he visto abocado a anotar mi experiencia rusa. Porque en todas partes veía cosas extraordinarias que no cabían en una crónica de televisión o de radio y que no quería que se perdieran. He destinado varios fines de semana a hacer miles de kilómetros en este territorio inmenso para conocer a personas que han pasado por situaciones que creeríamos exageradas si

fueran producto de la imaginación de un guionista de cine. Por ejemplo, una niña de cinco años que plantaba patatas con su abuela y, muerta de miedo y sin entender la que se le venía encima, vio aterrizar delante de sus narices al primer cosmonauta, Yuri Gagarin. Y eso pasó cuando la humanidad aún no había visto a ninguno. Pero, por si esta historia no fuera ya lo bastante llamativa, lo que me contó aquella niña que ahora ya es una abuela me dejó patitieso. También me sorprendió una mujer de ochenta años que cada día de invierno patina sobre el hielo del lago Baikal, una de las imágenes más bonitas que he contemplado en mi vida. Tampoco esperaba quedarme tan impresionado con uno de los liquidadores de Chernóbil que conocí..., y así con tantas y tantas personas.

Me han atrapado historias *grandes* —la carrera espacial, la geopolítica, los héroes de la guerra, los referentes culturales, el mundo del espionaje—, pero también he mirado con curiosidad periodística a mis vecinos de escalera, el edificio en el que he vivido o la oficina donde he trabajado. Y he quedado siempre boquiabierto, incluso de las cosas aparentemente más insignificantes. El trabajo de corresponsal me ha permitido estar en lugares y conocer a personajes a los que la mayor parte de la población no tiene acceso. A esta posición privilegiada se añade el hecho de haber formado aquí una familia más numerosa que la que tengo en Cataluña. Esta circunstancia me ha regalado una inmersión impagable en la Rusia real. He vivido intensamente en este país durante casi siete años. Por ello, con la misma prudencia que decía que no pretendía sentar cátedra sobre Rusia, invito al lector a viajar por estas páginas con el compromiso de que, al final, conocerá mejor este territorio tan fascinante. Un país de guerra y de poesía.

Como si el urbanismo caótico de la capital rusa se hubiera apoderado de mi relato, en estas páginas no avanzaré cronológicamente ni —ya lo confieso— seré demasiado ordenado. Me he dejado llevar por los impulsos, una actitud también muy

rusa. Mi objetivo es simplemente que, con la suma de los capítulos, cuando tú, lector, pases la última página, tengas la sensación de que no es verdad que en 2015 yo aterrizara solo en Moscú. Que aquel 2 de febrero, en el aeropuerto de Sheremétievo, tú y yo bajamos juntos de aquel avión para adentrarnos juntos en el escenario más grande del mundo.